JUAN VALERA Y LA NOVELA GRIEGA: TRADUCTOR Y... ¿TRAIDOR?

Enrique Pérez Benito
Universidad de Valladolid

Traduttore, traditore. Bajo la larga sombra de esta acusación se han visto a menudo aquellos que se han entregado a la ardua labor de verter una obra literaria desde su lengua original a cualquiera otra. Cuestión ésta que adquiere una dimensión especial cuando de lo que se trata es de la traducción de textos antiguos, pues en este caso las valoraciones se realizan teniendo sobre todo en cuenta aspectos de orden filológico. La adaptación de una obra griega o latina a lenguas modernas, si tiene pretensiones de ser rigurosa, no puede ser un mero ejercicio de traducción, sino que debe llevar consigo un trabajo de edición y crítica textual.

Sin embargo, no es menos cierto que, antes de condenar a la hoguera una versión de un autor clásico por el simple hecho de no atenerse a los criterios esperables por un filólogo, deben tenerse en consideración una serie de elementos, esenciales en el proceso de configuración de una obra literaria, y que también desempeñan su papel en esta clase de composiciones. Factores históricos, sociales o ideológicos que pueden influir igualmente en la figura del traductor. No olvidemos tampoco que todo traductor –cuánto más si es escritor– deja algo de sí en su trabajo, convirtiendo la obra en un texto en cierta manera nuevo, como sucede con Pierre Menard y su *Quijote*.

Con esta perspectiva es con la que pretendemos acercarnos a la obra que nos ocupa, la traducción que de la novela de Longo de Lesbos, *Dafnis y Cloe*, publicó en 1880 Juan Valera. Aunque luego trataremos este asunto con más profundidad, es preciso señalar, antes que ninguna otra cosa, que esta traducción de Valera es la primera que se hizo al español. La necesidad de esta puntualización radica en que es precisamente este hecho el causante de las apasionadas polémicas que ha despertado entre los especialistas y del gran número de consideraciones que se han planteado en torno a ella. Unas consideraciones y juicios que surgen desde el mismo momento en que la obra

es puesta en circulación y que van desde los encendidos elogios que le dedican escritores y críticos tan eminentes como *Clarín* o Menéndez Pelayo –con el que Valera mantuvo un intenso intercambio epistolar[1]–, hasta las acusaciones de inmoralidad que se le hicieron por parte de determinados sectores de la crítica. Ya *Clarín* expresaba sus reservas sobre la conveniencia de que la obra pudiera ser leída por mujeres, pese a la elegancia y discreción que sin duda alguna demuestra Valera en su traducción. El carácter «picante» de muchas de las escenas de una novela en que el erotismo era el elemento central fue el que provocó esas reacciones negativas que en ocasiones se impusieron a las alabanzas que, en general, mereció la calidad de la traducción.

Tras ésta de Valera, son muchas las traducciones que de Longo se han hecho, no sólo al español sino en numerosos idiomas. No en vano, se puede considerar, como apunta García Gual, que *Dafnis y Cloe* es «la más conocida de las novelas griegas»[2]. De entre las que tenemos en nuestra lengua, contamos con varias ediciones realizadas en fechas relativamente recientes por especialistas como Carlos García Gual o Máximo Brioso, por citar tan sólo un par de ejemplos[3]. De igual modo, en las últimas décadas ha aumentado también la atención prestada por parte de la crítica especializada a la novela griega, en general, y a la de Longo, en particular. En muchos de estos trabajos encontramos referencias a la fortuna del texto en las diversas literaturas europeas, tanto en lo que respecta a la influencia que haya podido tener en obras y autores concretos como en lo relativo a su difusión editorial. Este último aspecto es el que nos interesa en este momento, ya que, aunque no suelen pasar de breves alusiones, no falta en casi ninguno una valoración sobre la versión de Valera. También aquí tenemos luces y sombras. García Gual, por ejemplo, pese a las «infidelidades al original griego»[4] que comete, se muestra comprensivo con ella. En el extremo contrario encontramos la opinión de Miralles quien, a propósito de Longo, dice que ha sido «traducido y maltratado por don Juan Valera»[5].

---

[1] Juan Valera, *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. 1877-1905*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946.

[2] Carlos García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid, Istmo, 1988 (2ª ed.), p. 249.

[3] Carlos García Gual, *Dafnis y Cloe*, Madrid, Alianza, 1996 y M. Brioso Sánchez, *Dafnis y Cloe*, Madrid, Gredos, 1982.

[4] García Gual, 1988, p. 249.

[5] C. Miralles, *La novela en la antigüedad clásica*, Barcelona, 1968, p. 67.

El criterio que rige estas apreciaciones negativas es eminentemente filológico. Sin embargo, como ya señalábamos más arriba, el riesgo que se corre al basarse únicamente en este tipo de elementos es el de perder la perspectiva de análisis. Evidentemente, no puede compararse la labor de Valera como filólogo, pese a las buenas intenciones con que acomete su tarea[6] con la de cualquiera de los editores más modernos de Longo, verdaderos especialistas en la materia. Pero no es ésta la única circunstancia que debe tenerse en cuenta si se quiere llegar a plantear un panorama completo de la labor de traductor de Juan Valera. Resultan muy interesantes en relación con este aspecto las reflexiones de Máximo Brioso a propósito de las interpretaciones y juicios que ha merecido esta obra[7]. Plantea Brioso la necesidad de un acercamiento que atienda a todas las facetas que están en juego en ella:

1. En primer lugar, habría que abordar el estudio del texto desde un punto de vista estilístico. En esta vertiente, como hemos podido ya entrever en algunos de los testimonios examinados hasta el momento, parece que las posturas expresan una convicción unánime: la traducción de Juan Valera está enormemente lograda. Como es lógico, algunos de los usos y expresiones que hallamos en ella pueden resultar giros un tanto extraños para nuestra concepción actual de la lengua, pero es preciso considerar la fecha en que está escrita –1880, como ya se ha dicho–. Igualmente, el lenguaje empleado por Valera está mediatizado en ocasiones por la propia temática y tono del original griego, que le obligan a un esfuerzo por suavizar y matizar el excesivo realismo de Longo en las descripciones y el carácter licencioso de muchas de las escenas y situaciones.

2. En segundo lugar, es preciso hacer hincapié en el valor intrínseco que tiene la traducción de Juan Valera por ser la primera que se hizo en lengua española. Para que se comprenda mejor lo que esto supone, creemos necesario trazar, aunque sea de una manera breve, el camino seguido por el texto de Longo y sus vicisitudes editoriales –a veces rayanas en lo

---

[6] Hay que recordar las palabras a este respecto del propio Valera en una de sus cartas, en las que expresaba su intención de realizar un trabajo serio, con notas de carácter mítico, crítico y filológico y una introducción en que se trate de la novela en la antigüedad. Cf. J. Domínguez Bordona (ed.), *Cartas inéditas de Don Juan Valera*, Madrid, 1926, p. 26.

[7] M. Brioso, «Introducción», en Longo, *Dafnis y Cloe*, Madrid, Gredos, 1982, p. 30, nota 52.

detectivesco– en Europa desde 1598, fecha de la *editio princeps*, realizada en Florencia. La difusión de *Dafnis y Cloe*, además, debe compararse con la del resto de obras del género, sobre todo con *Leucipa y Clitofonte* de Aquiles Tacio y con las *Etiópicas* de Heliodoro[8]. Ya hemos mencionado la fecha en que se edita por primera vez el texto griego –aunque incompleto, como veremos– de *Dafnis y Cloe*. Antes de ello, sin embargo, habían aparecido ya algunas traducciones, entre ellas la célebre de Amyot (1559). Pese a las precarias condiciones en que nos había llegado la obra, sin ningún papiro completo, las diferentes versiones y adaptaciones, más o menos libres, convirtieron la novela de Longo, junto con las de Aquiles Tacio y Heliodoro, en uno de los más destacados modelos literarios de los siglos XVI y XVII. Pero los descubrimientos papiráceos de los siglos sucesivos iban a deparar algunas sorpresas en relación con la producción narrativa griega, y *Dafnis y Cloe* no fue una excepción. En 1810, se publicó por primera vez el texto completo de la novela, merced a la aparición de un papiro que, pese a tener ciertas lagunas, conservaba íntegro el libro primero, a diferencia del resto de testimonios disponibles hasta le fecha. Pablo Luis Courier fue quien lo editó, aunque el hecho no estuvo exento de polémica[9]. Con esta edición como fuente –y con alguna de las anteriores, como la de Amyot– aborda Valera el reto de traducir a Longo. Hemos visto cómo el periplo de esta novela fue muy similar al de las otras dos; sin embargo, en cuanto a las traducciones, la obra de Longo fue completamente ignorada en nuestro país. No quiere esto decir, ni mucho menos, que no se conociera, pero por una u otra razón, no se consideró conveniente editarla en nuestra lengua. Es muy probable que la razón fuera el carácter marcadamente erótico de la obra, si la comparamos con la novela de Heliodoro, por ejemplo, sobria y de estric-

---

[8] La fecha de la *princeps* de ambas novelas es relativamente cercana, aunque algo anterior, a la de Longo, por lo que resultan un apropiado término de comparación en cuanto a difusión y fortuna e influencia posterior. No ocurre lo mismo con los otros dos testimonios conservados del género, *Quéreas y Calirroe*, de Caritón de Afrodisias y *Efesíacas* de Jenofonte de Éfeso, cuya transmisión textual ha sido mucho más accidentada y no se editaron hasta mediados del siglo XVIII (1750 y 1726 respectivamente).

[9] No creemos necesario extendernos en aclaraciones sobre este particular. La historia de la mancha de tinta derramada sobre el manuscrito por Courier es suficientemente conocida. En cualquier caso, alude a ella en un apéndice de su edición G. Dalmeyda, *Longus Pastorales. Daphnis et Chloe*, París, 1934. Cf. También P. L. Courier, *Historia de una mancha de tinta. El manuscrito de Longo*, Valencia, Castalia, 1948.

tos principios morales. No lo es menos Longo, aunque sí difiere de forma muy destacada en el tono, mucho más relajado y repleto de sensualidad. Por ello quizás no se tradujo, pese a que las novelas de ambiente pastoril se cultivaran con profusión en el Barroco español, si bien la influencia de Longo no es del todo demostrable[10]. Otro elemento a tener en cuenta es que ya desde época antigua se marcó una separación entre esta novela y las otras dos, reflejada en el interés de los círculos cristianos por atraer a una esfera afín las obras de Heliodoro y Aquiles Tacio. Fueron varias las interpretaciones alegóricas de las *Etiópicas*, sin olvidar la leyenda que corría sobre ambos autores, atribuyéndoles la obtención de la dignidad episcopal. Esto quizás pueda ayudar a entender mejor la diferencia de consideración existente entre la una y las otras y la ausencia de traducciones españolas hasta el siglo XIX, sin que podamos pasar por alto las polémicas y comentarios que generó.

3. Aunque ya hemos advertido del riesgo que suponía una valoración basada en términos filológicos, no puede ni mucho menos ser obviada en un análisis de conjunto de la traducción de Valera. Este es el aspecto en el que más críticas ha recibido el escritor cordobés, por las alteraciones a diferentes niveles que del original griego hizo. Maltratador, infiel, poco riguroso..., son sólo algunos de los calificativos que ha recibido por parte de los estudiosos en el transcurso de los años. Aunque en ningún caso se ha tratado muy por extenso, quizás el autor que más atención le dedica es, de nuevo, Máximo Brioso, quien en su edición de Longo anota las divergencias de criterio más destacadas con respecto al resto de traductores y editores. Brioso va reflejando a lo largo de su estudio las tendencias generales de éstos y argumentando en favor de sus propias elecciones, tanto en lo que se refiere a cuestiones de interpretación de un término como en lo que respecta a las posibles lecturas de los manuscritos. En bastantes ocasiones alude al pionero trabajo de Valera, valorando sus decisiones como editor del texto. Ciertamente, son muchos los lugares de la obra en que, si se me permite la expresión, Brioso le enmienda la plana a Valera, pero no es menos cierto que, por lo general, el error que ve en él no es algo aislado sino compartido por gran cantidad de traducciones de *Dafnis y Cloe*, realizadas muchas de ellas además por filólogos de

---

[10] F. Lopez Estrada, *Los libros de pastores en la literatura española*, Madrid, Gredos, 1974, p. 70.

prestigio. De aquí se deduce, por lo pronto, que los fallos que se le achacan a Don Juan no provienen de una posible formación clásica deficiente, sino de estar de algún modo integrado en una tradición de análisis del texto algo anticuada a los ojos del editor moderno. Un claro ejemplo podría resultar la forma en que los nombres de los personajes son transcritos al español. Éste, muy estrechamente ligado a la polémica en torno a la correcta pronunciación del griego antiguo, ha sido siempre uno de los caballos de batalla para los filólogos de las distintas escuelas y países, un punto de conflicto en el que no existen ni mucho menos conclusiones unánimes. Frente a la tendencia mayoritaria en los últimos años en nuestro país, en que ha quedado fijada prácticamente como convención la transcripción de nombres griegos a partir de su correspondiente forma latina, en caso acusativo, no es raro encontrar en traducciones más antiguas planteamientos diferentes a la hora de realizar dicha transcripción[11]. Así, por citar tan sólo algunas de las alternancias ante las que nos encontramos en la traducción de Valera, vemos en ella cómo el nombre del supuesto padre de Cloe, Driante, es vertido como Dryas. En el caso de las respectivas madres adoptivas de los protagonistas, Mírtale y Nape, observamos la oscilación del acento, que las convierte en Mirtale y Napé. Otro rasgo en que se separa Valera de las ediciones modernas es en su preferencia por los nombres latinos a la hora de referirse a los dioses –Júpiter, Baco, Saturno, se oponen a los griegos Zeus, Dioniso y Crono. Por otro lado, nos encontramos también con frecuentes simplificaciones del texto, o incluso ante la corrección de algún lapsus del autor, algo que una edición verdaderamente crítica no habría dejado de, al menos, notar a pie de página. Otro de los aspectos en los que difiere Juan Valera con respecto a ediciones como la de Brioso es en la traducción de términos griegos que aluden a flores, plantas e incluso animales. Ciertamente, no es esto algo demasiado extraño, ya que estas palabras están siempre entre las más problemáticas a la hora de su paso entre las diferentes lenguas, dificultad que se incrementa sensiblemente si se trata, como en este caso, de una lengua en desuso. De cualquier forma, y con esto ya nos introducimos en el cuarto y último punto que señalaba Brioso, el cambio que más se ha criticado por su dimensión es la alteración que Don Juan Valera realizó en el episodio de Gnatón.

---

[11] A este respecto, cf. M. Fernández Galiano, *La transcripción castellana de los nombres propios griegos*, Madrid, SEEC, 1961, obra de referencia para realizar la transcripción correcta de cualquier nombre proveniente del griego.

4. Era el deseo de Valera realizar una versión de la novela de Longo que fuera lo más fidedigna posible al original griego. Sin embargo, en su labor se encontró con importantes dificultades derivadas del fuerte tono erótico de la obra en general y de algunos pasajes en particular. Así, cuando Valera en su introducción defiende las razones que le han llevado a elegir esta novela de entre la producción narrativa clásica conservada, reconoce que ha debido hacer frente al «realismo de sus escenas amorosas, y la libertad, que raya en la licencia, con que algunas están escritas»[12]. Éstas se encuentran en su gran mayoría en el libro cuarto, en el que transcurre el que es, sin duda, el episodio más polémico de toda la obra: el intento del parásito Gnatón de seducir al joven protagonista masculino, Dafnis. Su desarrollo no se aparta prácticamente en nada de lo que encontramos en cualquiera de las novelas cuando en el camino de uno de los dos personajes principales se interpone algún pretendiente. En primer lugar, los acercamientos se producen con promesas y buenas palabras, pero poco a poco y ante la continua negativa que encuentran como respuesta a sus proposiciones, los enervados aspirantes no dudarán en servirse de cualquier medio a su alcance –violencia, amenazas, traiciones y conjuras– para obtener lo que tan ardientemente anhelan.

¿Cuál es el obstáculo que presenta para no poder ser traducido sin más? Nuevamente, una obra clásica se enfrentaba a la acusación de inmoralidad que sumió en el olvido a tantos y tantos autores y que dificultó la difusión –e incluso la preservación– de gran parte del legado cultural de la antigüedad. Aunque Valera, como veremos más adelante, defiende en términos generales lo que él considera una presentación del amor y la pasión idealizada, sí que entiende que hay determinados elementos que pueden calificarse de perversos de acuerdo a lo que dicta no ya la moral de la época –ante la que en ocasiones se muestra irónico– sino la propia naturaleza humana. El más claro ejemplo de esto sería la presentación explícita de prácticas o tendencias homosexuales que se hace en determinados pasajes, un hecho de todo punto inaceptable que no puede de ninguna manera ser mantenido por el autor. Por ello, estos pasajes que Valera considera «originados por cierta pasión repugnante para nuestras costumbres» serán transformados y sustituidos por otros, «fundados en más naturales sentimientos». Así, el episodio es alterado de forma radical, situando a Cloe y no a Dafnis en el

---

[12] Juan Valera, «Introducción», en *Dafnis y Cloe*, Madrid, Librería Enrique Prieto, 1931, p. 13.

punto de mira de las libidinosas intenciones de Gnatón, y al joven como salvador de la muchacha.

Este ha sido uno de los aspectos que más se le ha criticado a la versión de Valera de Longo, por considerarlo una traición al original basándose únicamente en cuestiones de orden moral. La polémica en torno a la moralidad de la obra surgió desde el mismo momento de su aparición, y resulta curioso observar que pese a que los estudiosos posteriores le han acusado de sacrificar el texto a las convenciones morales de la época en que escribe, Valera no se libró ni siquiera entonces de comentarios de ese tipo, que calificaban la novela de impúdica y poco recomendable para ciertos públicos[13].

Es evidente que el trabajo de Valera está influido y marcado de manera decisiva por los condicionamientos morales de su tiempo, como lo están todas las obras de arte y, yendo aún más lejos, toda acción humana. El entorno vital de un autor es algo de lo que éste no puede nunca abstraerse de una forma completa, ya sea para mantenerse dentro de las tendencias mayoritarias ya sea para oponerse a ellas y situarse a contracorriente. Valera no es una excepción a esta regla. Sin embargo, esto no quiere decir que se pliegue de manera gregaria a las concepciones morales que imperan en su tiempo; muy al contrario ya hemos visto cómo en ocasiones se muestra crítico y ácido a este respecto. Coincide en algunos puntos, por supuesto, pero sus motivaciones pertenecen a la esfera de lo literario: como traductor, Valera aplica los mismos planteamientos que en su producción como novelista, y plantea su forma de entender a los clásicos y la utilidad que considera que para nosotros, sus herederos, tienen aún. Valera es muy consciente de las posibles reacciones que pueden tener tanto el público como la escena literaria ante la aparición de su traducción, y por ello se cuida mucho de justificar su elección y exponer los motivos que hacen no sólo apropiado sino necesario que una obra como la de Longo esté disponible para el público español. Los principios y conocimientos que el mundo antiguo puede transmitirnos deben estar por encima de valoraciones estrictamente morales, pese a que

---

[13] A este respecto resulta de enorme interés el trabajo de Pura Fernández «Juan Valera ante la polémica en torno a la moral en el arte: la traducción de *Dafnis y Cloe* o *Las Pastorales de Longo* (1880)», publicado en las *Actas del primer congreso internacional sobre D. Juan Valera*, Cabra, Ayto. de Cabra, 1997, pp. 149-158, en que se plantea de forma breve pero muy clara y completa la situación del escritor frente a la moral de su tiempo y la huella que esto tuvo en su obra literaria.

sea lícito y obligado realizar cambios o supresiones puntuales. Una obra no resulta mejor que otra sólo por que podamos calificarla de irreprochable en este aspecto. Tal es el caso de la novela de Heliodoro, que él estima pesada y fastidiosa, inferior a la de Longo pese a su reconocida moralidad –no olvidemos la tradición que hacía de Heliodoro un obispo cristiano–.

Valera advierte que no debemos guiarnos sólo por la apariencia externa a la hora de juzgar una novela como ésta, ya que pese al sensualismo estético que la caracteriza no posee un trasfondo perverso, sino más bien una candidez e ingenuidad que hace que no podamos tacharlas de indecentes, como no lo es por ejemplo, la Venus de Milo. Para él, por el contrario, y aunque quede hipócritamente disimulado, en algunas novelas con mejor reputación el comportamiento de sus protagonistas resulta mucho más inmoral que en *Dafnis y Cloe*, en el que los dos jóvenes resultan ser modélicos en cuanto a su comportamiento –y más teniendo en cuenta el modo en que viven, casi por completo libres de cualquier control paterno la mayor parte del tiempo–.

A lo largo de las páginas de este trabajo hemos intentado trazar de una manera lo más completa posible –pese a las limitaciones marcadas por el espacio y el tiempo de que disponemos– las líneas maestras de la labor como traductor de Don Juan Valera. Pese a ser conocido esencialmente como novelista, es aquélla una faceta suya en la que quedan puestas de manifiesto claramente el pensamiento y las concepciones literarias de Valera. Hemos tratado también de hacer justicia a su traducción de *Dafnis y Cloe*, del novelista griego Longo de Lesbos, cuya valoración ha estado casi siempre presidida por la utilización de criterios y puntos de vista parciales y poco transigentes. Es ésta una obra que debe juzgarse sin centrarse únicamente en cuestiones de tipo filológico o moral, ya que así no lograremos comprender del todo su significado.

¿Traductor o traidor? Es ésta la pregunta que planteábamos al inicio de este trabajo y al que esperamos haya servido como respuesta.

BIBLIOGRAFÍA:

BRIOSO SÁNCHEZ, M., *Dafnis y Cloe*, Madrid, Gredos, 1982.

COURIER, P. L., *Historia de una mancha de tinta. El manuscrito de Longo*, Valencia, Castalia, 1948.

DALMEYDA, G., *Longus Pastorales. Daphnis et Chloe*, París, 1934.

DOMÍNGUEZ BORDONA, J., (ed.), *Cartas inéditas de Don Juan Valera*, Madrid, 1926

FERNÁNDEZ, P., «Juan Valera ante la polémica en torno a la moral en el arte: la traducción de *Dafnis y Cloe* o *Las Pastorales de Longo* (1880)», en *Actas del primer congreso internacional sobre D. Juan Valera*, Cabra, Ayto. de Cabra, 1997, pp. 149-158.

FERNÁNDEZ GALIANO, M., *La transcripción castellana de los nombres propios griegos*, Madrid, SEEC, 1961.

GARCÍA GUAL, C., *Los orígenes de la novela*, Madrid, Istmo, 1988 (2ª ed.)

————, *Dafnis y Cloe*, Madrid, Alianza, 1996.

LOPEZ ESTRADA, *Los libros de pastores en la literatura española*, Madrid, Gredos, 1974.

MIRALLES, C., *La novela en la antigüedad clásica*, Barcelona, 1968.

VALERA, J., *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. 1877-1905*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946.

————, «Introducción», en Longo, *Dafnis y Cloe*, Madrid, Librería Enrique Prieto, 1931, pp. V – XXVI.